

## SEXO Y SEXUALIDAD

### INTRODUCCION

Por HERSHEL J. MATT

Hershel Jonah Matt se ha desempeñado como rabino en Nashua, N. H., Troy, N. Y. y Metuchen y Princeton, N. Y. Ha concedido especial atención, en su labor congregacional y en sus escritos, a la plegaria, la ética, el ritual, la teología y al intercambio de diálogo sobre la fe. Tomado con permiso expreso y exclusivo para Maj'Shavot del The Jewish Catalog, Vol. II, Philadelphia, 1976.

La revolución sexual, en algunos aspectos, ha hecho seguramente un bien. Aceptamos en general, que conocer es bueno, y no es posible negar que el conocimiento de lo relativo al sexo ha aumentado en gran medida. Sabemos mucho más acerca de qué es nuestro cuerpo y de cómo funciona. Aún más difundidos son los conocimientos acerca de la concepción y de la anticoncepción; el desconocimiento es cada vez más raro. También conocemos mejor las duras realidades del comportamiento sexual: las enfermedades venéreas, el embarazo premarital, el aborto, los hijos ilegítimos, la prostitución, la promiscuidad, el adulterio, la homosexualidad, son todos temas de público conocimiento para adultos de todas las capas de la sociedad así como para prácticamente todos los adolescentes, e inclusive para muchos preadolescentes. Considerando pues que el conocimiento es algo bueno, la revolución sexual fue seguramente una bendición.

Normalmente, también la toma de conciencia se considera beneficiosa, y la revolución sexual también la aumentó. Hemos tomado mucho mayor conciencia de la presencia y del poder de nuestras propias necesidades, deseos y tendencias sexuales, de nuestras satisfacciones y de nuestras frustraciones, todo lo cual es, ahora comprendemos, de hombres y mujeres normales. Hemos tomado mucho mayor conciencia de la influencia del sexo en los más variados aspectos del comportamiento humano y de los quehaceres de la vida. Hemos tomado mucho mayor conciencia de qué hipócritas hemos sido en permitir, alentar y practicar una doble moral en sus más variadas formas, como entre hombre y mujer, como entre gente con la que queremos casarnos y aquella con la que sólo queremos divertirnos, como entre un grupo, u ocasión o circunstancia, y otro. Y hemos tomado mucho mayor conciencia de nuestra propia autosuficiencia al deplorar condenar, ridiculizar, exponer, prohibir y castigar a aquellos cuyas palabras hemos usado nosotros mismos y de cuyos malhechos hemos sido culpables nosotros mismos al inducirlos a ellos.

Del mismo modo en que aumentó nuestro conocimiento y nuestra toma de conciencia, la revolución sexual ha acrecentado algo que se considera de amplio beneficio: el realismo en las reacciones y la sinceridad de expresión. Lo que ha llegado a nuestro conocimiento y de lo cual hemos tomado conciencia, lo podemos expresar más libremente ahora. Estamos menos retraídos e inhibidos para discutir temas sexuales. Ya no nos sentimos obligados al empleo de términos vagos o circunlo-

quios o rodeos cuando nos referimos a partes anatómicas, funciones fisiológicas u objetos de nuestra vestimenta: no hay prácticamente nada relacionado con el sexo que no se pueda mencionar. Tanto en las conversaciones privadas como en los medios públicos encontramos una plena y franca descripción de los temas sexuales. Y lo que vemos, leemos y oímos presentado en forma tan abierta en los diferentes medios de diversión y de comunicación así como en la vida diaria, ya no nos enoja, disgusta o sorprende.

Más aún, la revolución sexual al haber aumentado nuestro conocimiento, nuestra toma de conciencia y nuestra sinceridad, ha disminuido muchas de nuestras angustias y miedos. Debido a los avances de la tecnología, de la ciencia y de las comunicaciones, muchas de las angustias y miedos que agobiaban a nuestros antecesores han disminuido o desaparecido: el embarazo involuntario, tanto pre como postmarital, comúnmente puede ser evitado y, si llegara a ocurrir, puede interrumpirse con mayor seguridad; las enfermedades venéreas pueden prevenirse, o en caso de contagio pueden en general ser curadas; la impotencia, la esterilidad y la frigidez pueden ser a menudo mejoradas o curadas. Nuestras angustias en cuanto a la masturbación han sido completamente eliminadas y nuestros miedos en cuanto a la homosexualidad han sido marcadamente reducidos. Mucho de lo que nos parecía terrorífico simplemente porque se lo llamaba perversión se ha transformado en algo mucho menos terrible al ser llamado anormal e inclusive empieza a ser aceptable, en cuanto la "normalidad" ha ampliado enormemente su rango de comportamientos. En resumen, nos asustan menos los comportamientos sexuales de los demás y los nuestros propios.

Y a pesar de todo esto que es bueno y es consecuencia de la revolución sexual, casi todos nosotros nos damos cuenta de que mucho de ello es malo. En realidad, sentimos que mucho de lo que es bueno al mismo tiempo es malo. O, para expresarlo con mayor exactitud, la mayoría de los cambios traídos por la revolución sexual no son en sí ni buenos ni malos, sino neutros, es decir, pueden llevar hacia el bien o hacia el mal. A ojos vista, ni el aumento de conocimiento, de toma de conciencia y de sinceridad, ni la disminución del miedo ha traído consigo un decidido aumento de genuina salud, felicidad y armonía, tanto para la generación del mayor, como para la del menor, así como para la relación entre las dos. Cada ganancia parece ambigua. Hay mucho más conocimiento —pero ¿hay también mayor comprensión? Hay mayor toma de conciencia— pero ¿hay mayor inquietud? Hay mayor sinceridad —pero ¿hay mayor compasión? Hay menos miedo— pero ¿no hay también menos reverencia?

Como judíos, debemos suponer que dentro de las tradiciones de nuestra Torá debe haber recursos para incrementar las bendiciones y para mitigar las maldiciones de la revolución sexual.

#### La tradición de la Torá

¿Qué dice la Torá acerca de la sexualidad del hombre?

La Torá dice que "Dios empezó a crear el cielo y la tierra", el mun-

do y todo lo que contiene, lo cual a menudo se denomina la "naturaleza" y que por lo tanto no es simplemente necesaria ni accidental, sino aparece como el resultado del poder y de la sabiduría y del amor de Dios, de acuerdo con Su plan y para cumplimiento de Su propósito. (Quizás deberíamos decir "creación" y no "naturaleza").

La Torá dice que Dios "creó al hombre a Su imagen" y que, puesto que entre todas Sus otras criaturas, "no se encontraba ningún ayudante adecuado", "hombre y mujer, El los creó". ¡Qué extraña paradoja! Los seres humanos, hombre y mujer, son ambos únicos entre las criaturas de Dios: se asemejan a Dios que tiene personalidad pero no sexo; se asemejan a los animales que poseen sexo pero no personalidad. Y ambos, la divina personalidad y la sexualidad —ambas presentes desde el principio de la creación del hombre— son esenciales para la humanidad del hombre. Más aún, los dos aspectos afectan el uno al otro y limitan el uno al otro: por un lado, aun cuando hombre y mujer están unidos sexualmente, su unión sexual, aunque natural en el sentido de normal, no es natural en el sentido de una mera copulación animal. Es una relación esencialmente humana, una relación Yo-Tú, una relación de dos-personas-a-imagen-de-Dios, cada una de valor infinito; ninguna de las dos es explotada como objeto de la agresividad de la otra o como satisfacción egoísta. Por otro lado, la relación entre hombre y mujer, aunque estética, moral y espiritual, es la vía de la expresión sexual.

La Torá dice que "Dios vio todo lo que El había hecho" —incluyendo al hombre y a la mujer— "y encontró que era muy bueno". La sexualidad humana, por lo tanto, lejos de ser algo sin valor, feo, "sucio", obsceno o en algún modo perteneciente al mal o desagradable para Dios, es buena.

La Torá dice que Dios mandó al hombre —Su primer mandamiento en realidad— que "fructifique y se multiplique y llene la tierra". Las relaciones sexuales y la reproducción humana son pues el cumplimiento de la voluntad de Dios y de su intención para con el hombre y la mujer.

La Torá dice: "Dios dijo: No es bueno para el hombre estar solo; haré una ayudante adecuada para él...". Entonces el hombre dijo: "Este, por lo menos, es hueso de mis huesos y carne de mi carne, ... Y por lo tanto, el hombre deja a su padre y a su madre para ir con su mujer y serán una sola carne". No sólo la reproducción, sino un compañerismo duradero, la solidaridad —así como la unión sexual como medio constantemente renovado para su expresión y naturaleza— se cuentan entre los propósitos principales de Dios para con el hombre y la mujer. Más aún, cuando los hijos llegan a cierta edad deben abandonar a sus padres, unirse con otros y fundar sus propias familias.

La Torá dice que después que el primer hombre y la primera mujer pecaron desobedeciendo el mandato de Dios, se "escondieron delante de Dios..." pero "Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás?... ¿Comiste del árbol del cual te había prohibido comer?". Dios conoce todo lo que hace el hombre; adonde vaya, el hombre está ante la presencia de Dios.

La Torá dice que al principio Adán y Eva "estaban desnudos... sin embargo, no sentían vergüenza", pero que después de haber desobedecido al mandamiento divino —sucumbiendo a la tentación de la serpiente de ser como Dios— "los ojos de ambos se abrieron y se apercebieron de que estaban desnudos, y se cosieron entonces hojas de higuera y se hicieron vestimentas". Y, aún más tarde, cuando fueron expulsados del jardín de Edén, "Dios hizo vestimentas de piel para Adán y su mujer y los vistió". En el plan original de Dios y en el mundo ideal, la desnudez del hombre y de la mujer no producen vergüenza; en la situación actual del hombre, su desnudez, sin embargo, denota impudor.

La Torá dice: "No cometerás adulterio". "No sigas a tu corazón y a tus ojos en pos de la lujuria". "Los designios de la mente del hombre son malos desde su juventud". "El pecado duerme a tu puerta; se dirige hacia ti, sin embargo tú puedes ser su amo". Refiriéndose a las inmorales costumbres sexuales paganas, la Torá nos sermonea: "No imitarás las costumbres del país de Egipto... ni tampoco observarás sus leyes". "No incurrirás en ninguna de sus costumbres aborrecibles... ni te corromperás mediante ellas". "Puse delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Elige la vida". El hombre y la mujer están dotados de la capacidad de distinguir y de elegir; el hombre y la mujer son capaces de resistir a la tentación; ningún hombre ni ninguna mujer lo hacen siempre; tal como dice el Eclesiastés: "Pues no existe sobre la tierra un ser humano que sólo hace el bien y nunca yerre".

La Torá dice: "Corrige a tu prójimo para no ser culpable por él".

La Torá dice: "No favorecerás al poderoso para el mal". "Eliminad el mal de entre vosotros".

La Tradición Oral (*Pirkei Avot*) dice: "No juzgues a tu prójimo hasta tanto no estés en su lugar".

El Salmo 112:1 dice: "Feliz el hombre que teme al Eterno, y que cumple fielmente sus mandamientos".

La Torá —el libro de la Torá y la Tradición Oral— tiene para decir acerca de la sexualidad del hombre mucho más que esto; acerca de cómo debe actuar el ser humano o de cómo no debe actuar; acerca de aquéllos que viven cumpliendo los mandamientos del Eterno y de aquéllos que no los cumplen; acerca de las consecuencias de la inmoralidad sexual del individuo y de la sociedad. Y a través de toda esta literatura, estudiada durante siglos por jóvenes y ancianos, encontramos siempre una sorprendente franqueza y claridad. Evidentemente, no existía la sensación de que la santidad debía involucrar mojigatería o censura, o que lo explícito en cuestiones sexuales constituía una profanación de lo sagrado. Más aún, a pesar de ser franca y explícita, la Tradición Oral, tanto en su literatura como en la vida, promovió y sustentó, en las cuestiones sexuales, la cualidad de *tzeniut*, un modo exquisito de delicadeza, recato o modestia.